

ruido Roma entera, y de todos puntos llegaban al palacio personajes y gente del pueblo que obstruían la entrada. Muchos, viendo salir á Vinicio, le acosaban á preguntas; pero él avanzaba sin contestar, hasta que topó con Petronio que llegaba en aquel momento para informarse de la salud de la niña.

La presencia de Petronio hubiese bastado para enfurecer de nuevo á Vinicio, si el cansancio y el dolor que le oprimían no se hubieran sobrepuesto á su naturaleza violenta. Se limitó á rechazarle, tratando de proseguir su camino; pero Petronio le detuvo casi á viva fuerza.

— ¿Cómo está la divina Augusta?, le preguntó.

La violencia usada con él avivó su ira.

— ¡Que el averno se la lleve, y con ella todo el palacio!, gritó rechinando los dientes.

— ¡Calla, insensato!, respondió Petronio, murmurando después á su oído: Si quieres tener noticias de tu amor, ven conmigo. Aquí no te diré nada. Ven conmigo y hablaremos en mi litera.

Y abrazándole por la cintura, le condujo apresuradamente fuera del palacio. Este era, en verdad, su único intento, porque noticias de Licia no tenía ninguna. Como hombre de experiencia y lleno de recursos, y á pesar del enojoso incidente surgido entre ellos el día anterior, pero sintiendo gran afecto por el joven tribuno y considerándose responsable, en parte, de todo lo sucedido, no había tardado en ponerse en acecho y tomar todas las medidas que juzgó oportunas. Una vez acomodados ambos en la litera, dijo Petronio:

— He encargado á mis esclavos que vigilen todas las puertas de la ciudad. Además les dí exactos pormenores acerca de la muchacha y del gigante que la sacó del banquete, porque, sin duda, es el causante de todo. Ahora, escúchame: podría darse el caso de que Aulo y Pomponia quisieran esconder á Licia en una de sus quintas; si así fuera, sabríamos en seguida el camino que á ella conduce. Si mis esclavos no la ven salir por las puertas, será que no se ha movido de Roma. Así, pues, hoy mismo podremos comenzar nuestras pesquisas.

— ¡Aulo ignora donde está Licia!, respondió Vinicio.

— ¿Estás seguro de ello?

— Vi á Pomponia, que también la busca.

— Anoche no pudo abandonar la ciudad, porque de noche las puertas están cerradas. En cada una de ellas he apostado dos esclavos, uno de los cuales debe seguir á Licia y al gigante y el otro venir á avisarme inmediatamente. Si está en la ciudad, nos será muy fácil encontrarla, pues aquel licio, gracias á su estatura, no puede permanecer ignorado. Puedes estar contento de que no te la haya quitado Nerón, y te aseguro que no sabe nada: para mí no hay secretos en el Palatino.

Con voz trémula por la emoción, Vinicio le refirió cuanto había oído de labios de Acté y el nuevo peligro que amenazaba á Licia y hacía necesario esconderla cuidadosamente, si fuese hallada, por temor á Popea.

Después no pudo Vinicio abstenerse de dirigir á Petronio acerbas censuras por sus funestos consejos, sin los cuales todo hubiera salido á pedir de boca. Licia hubiera permanecido en casa de Aulo y él la hubiera visto todos los días y sería más feliz que un César. A medida que hablaba iba aumentando su conmoción, hasta que lágrimas de dolor y de rabia corrieron abundantes por sus mejillas.

Petronio, que nunca hubiera sospechado en su sobrino tan impetuosa pasión, al ver aquellas lágrimas, no pudo contener esta exclamación:

— ¡Oh invencible soberana de amor, tú sola dominas á los dioses y al mundo entero!

XII

Cuando los dos descendieron de la litera frente á casa de Petronio, el atriense les notificó que no había vuelto ninguno de los esclavos enviados á vigilar las puertas de la ciudad. Les había mandado la comida y el aviso de que serían azotados los que no hubiesen cumplido rigurosamente su misión.

— No cabe duda de que está en la ciudad, dijo Petronio. Envía también á tus siervos á las puertas, y con preferencia los que escoltaban la litera, que serán los que más fácilmente reconozcan á Licia.

— Los mandé á las cárceles, respondió Vinicio; pero no importa. Revocaré la orden y los enviaré á las puertas, como me aconsejas.

Escribió luego algunas palabras en una tablilla de cera, que Petronio remitió á casa de su sobrino. Ambos entraron en el pórtico interno y sentáronse sobre un banco de mármol, conversando largo rato.

Eunica, la preciosa esclava de cabellos de oro, é Iras pusieron á sus pies escafeles de bronce y rellenaron los cálices con el vino que contenían las ricas ánforas de cuello estrecho, traídas de Volterra y de Cecuba.

— ¿Alguno de tus esclavos conoce, por casualidad, á aquel licio gigantesco?, preguntó Petronio.

— Atacino y Gulón lo conocían; pero uno cayó muerto ayer al defender la litera, y al otro lo maté yo.

— ¡Cuánto me aflige!, exclamó Petronio. ¡Pensar que los dos te han llevado en brazos!

— Mi intención era darles la libertad, replicó Vinicio; pero no hablemos de ellos ahora; hablemos de Licia. Roma es un mar.

— El mar es precisamente el sitio donde se pescan las perlas. Es cierto que no la encontraremos hoy, ni mañana, pero también es verdad que acabaremos por encontrarla. Tú me censuraste por haberte indicado un camino falso. ¡No! El camino, que era bueno, andando por él, se ha echado á perder. ¿No oíste tú mismo de labios de Aulo que quería trasladarse con los suyos á Sicilia? En este caso, Licia y tú os hubierais separado.

— Les habría seguido. Y cuando menos, Licia estaría fuera de todo peligro. Así, en cambio, Popea, si se le muere la niña, creará y hará creer que Licia ha sido la causa de tal desventura.

— ¡Ya! Aquí está el mal, precisamente; mas confiemos en que la niña curará, porque si muere, debemos preparar un camino para que salga con bien.

Después de reflexionar un poco, continuó:

— Popea, por lo que se dice, sigue la religión judaica y cree en los espíritus malignos. César es supersticioso. Si hacemos correr la voz de que Licia ha sido arrebatada por tales espíritus, se prestará fe á la especie propalada, tanto más

cuanto que ni César ni Plaucio la han secuestrado y su desaparición tiene algo de misterioso. El licio solo no puede haber llevado á cabo la hazaña; debe haber tenido auxiliares.

— En Roma los esclavos se ayudan unos á otros.

— Pero no unos contra otros. Esos sabían que tus siervos sufrirían un castigo. Si hablas á tus esclavos de los espíritus malignos, en seguida afirmarán que los han visto con sus propios ojos, porque esto los justificaría ante ti. Si preguntas á uno de ellos si ha visto á los espíritus que se llevaban consigo por el aire á la pobre Licia, te jurará por todos los dioses haberlos visto.

Vinicio, que, precisamente, era algo supersticioso, miró á Petronio con gesto de vivo terror.

— Y en efecto, si Ursus no tenía auxiliares, por sí solo no hubiera podido valerse. ¿Cómo ocurrió el hecho, entonces?

Petronio se echó á reír.

— ¡Mira si no lo creerían, dijo, cuando tú ya te inclinas á creerlo! ¡Esta es nuestra sociedad, que desprecia á los dioses! Se dará crédito á los rumores y nadie se cuidará más de Licia. Y entretanto, la alejaremos de Roma y la esconderemos en una de nuestras quintas.

— ¿Pero quién podría libertarla?

— Sus correligionarios, respondió Petronio.

— ¿Y quiénes son? ¿Qué divinidad adora Licia? ¡Debí haberlo sabido antes que tú!

— Aquí, en Roma, cada mujer adora á una divinidad distinta. Está fuera de duda que Licia ha sido educada en la religión de aquella divinidad que Pomponia reconoce. Ignoro cuál puede ser. Lo cierto es que nadie ha visto á la mujer de Plaucio en ningún templo para ofrecer sacrificios á nuestros dioses. Se la acusa de ser cristiana, pero esto es imposible. Se reunió un consejo de familia y declaró falsa la acusación. Dícese que los cristianos no sólo adoran una cabeza de asno, sino que además son enemigos del género humano y cometen horribles delitos. Pomponia, por lo tanto, no puede ser cristiana, porque es conocida su virtud, y un enemigo de la humanidad no trataría á los esclavos como se les trata en su casa. ¡Y ahora que recuerdo!.. Ella me citó á un Dios todopoderoso y justo. ¿Qué habrá hecho de los demás? Pero su Verbo no debe ser muy poderoso, ó, todo lo más, debe tratarse de un dios muy débil, si no tiene más secuaces que Pomponia y Licia, con la compañía de Ursus. Podría darse el caso de que tales creyentes fueran muchos y que hubieran secuestrado á Licia.

— Su fe tiene por ley el perdón, observó Vinicio. Delante de Acté me he encontrado con Pomponia, que me ha dicho: «¡Dios te perdone todo el mal que nos hiciste á nosotros y á Licia!»

— Evidentemente, debe tratarse de un dios muy benigno. Esperemos que te perdona y te lo pruebe, devolviéndote á la muchacha.

— ¡Mañana mismo le ofreceré una hecatombe! No siento deseos de comer, ni de bañarme, ni de reposar. Quiero recorrer toda la ciudad con una linterna ciega. ¡Tal vez la encuentre disfrazada! ¡Ay! Me siento malo.

— Tienes fiebre, le dijo Petronio.

— ¡Sí, la noto!

— Pues escúchame: ignoro lo que te prescribiría tu médico, pero sé lo que haría yo en tu lugar. Sin renunciar á la captura de la perdida, buscaría en otra todo el placer que se llevó consigo aquélla. ¡No me contradigas! Sé lo que es el amor y sé también que ninguna otra puede hacer las veces de la mujer amada. Pero junto á



¡Pues bien, te la ofrezco, tuya es!

una esclava hermosa puede encontrarse un momentáneo consuelo y una distracción.

— Yo no la busco, replicó Vinicio.

Pero Petronio, que quería demostrarle su verdadero afecto y simpatía, empezó á devanarse los sesos para ofrecerle un medio que aliviase su dolor.

— Quizá tus esclavas no tienen para ti los encantos de la novedad, dijo, después de algún rato, examinando atentamente, ya á Iras, ya á Eunica; y señalando la cabeza dorada de esta última, añadió: Mira esta gracia, por la cual, hace pocos días, Fonteyo Capitón, el más joven, me ofreció en cambio tres magníficos muchachos de Claromenes. Ningún Fidias ha esculpido jamás una figura más agraciada que la suya. No comprendo cómo hasta hoy la he mirado con indiferencia: no habrá sido por respeto á Crisotemis. ¡Pues bien, te la ofrezco, tuya es!

Eunica palideció y miró ansiosa á Vinicio, aguardando su respuesta.

Él se levantó, y apretándose la cabeza con las manos, como un enfermo que no quiere oír hablar de nada:

— ¡No, no!, dijo rápidamente. No la quiero, te lo agradezco; pero no sabría qué hacer de ella. Quiero buscar á Licia. Hazme traer un manto con capuz; me voy á la ribera del Tiber. ¡Si al menos encontrase á Ursus!..

Y partió rápido como una flecha. Petronio no quiso detenerle. Se explicaba que su sobrino rehusase la oferta por una natural aversión del momento á toda mujer que no fuese Licia. Y no pareciéndole correcto quedarse con lo que había regalado, volvióse á Eunica y le dijo:

— ¡Báñate, perfúmame con bálsamos olorosos y trasládame á casa de Vinicio!

Pero ella se echó á sus pies, suplicándole, con las manos cruzadas, que no la enviase fuera. Protestaba de que hubiese de trasladarse á casa de Vinicio. Prefería permanecer allí, siendo la última esclava y haciendo los oficios peores y más costosos. No quería, no podía salir de aquella casa, y suplicaba, por piedad, que la hiciese azotar todos los días, pero que no la alejase de allí.

Temblando de ansia y de emoción, extendía los brazos, suplicante, mientras Petronio escuchaba atónito.

Un esclavo que se atreviese á suplicar para sustraerse á cualquier mandato, y que osase decir: «no quiero ó no puedo,» era cosa tan inaudita en Roma, que Petronio lo estaba viendo y no quería creerlo. Arrugó la frente en actitud de amenaza; mas como era muy refinado en sus sentimientos y en sus gustos, no sabía ser cruel. Sus esclavos, especialmente tratándose de diversiones, gozaban de más libertad que otros, con la condición de que cumpliesen escrupulosamente con sus obligaciones y respetasen la voluntad de su señor como la de un dios. Si les cogía en una de esas faltas, no les rebajaba el acostumbrado castigo.

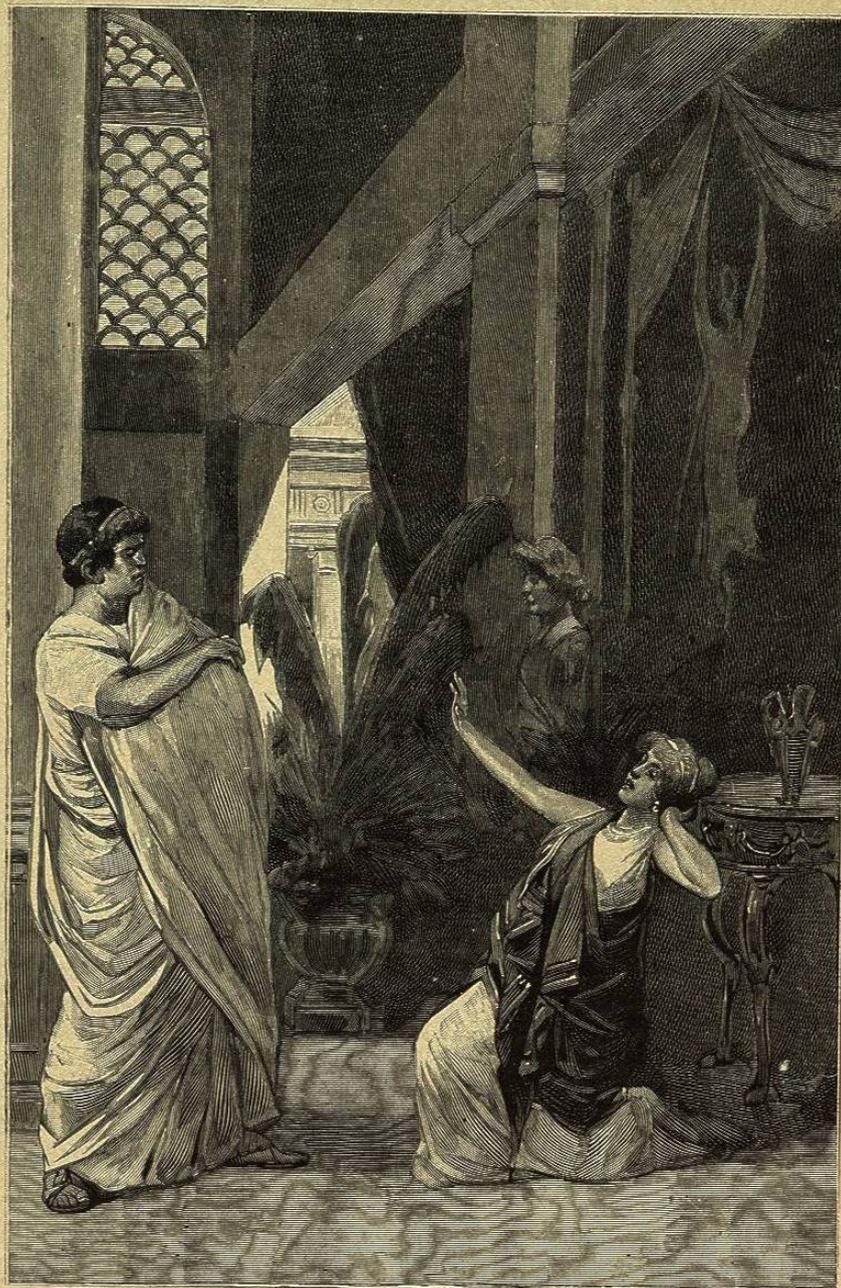
Además de esto, no podía tolerar las contradicciones, sobre todo si atentaban á su reposo; y viendo á la pobre joven arrodillada á sus pies:

— ¡Levanta, le dijo, y llama á Tiresias!

Eunica se levantó temblando, y con las lágrimas en los ojos se alejó, para volver al poco rato con el guardián del atrio, el cretense Tiresias.

— Coge á Eunica, le ordenó Petronio, y suminístrale veinticinco azotes; pero ¡cuidado con lastimar la piel!

Entró en su biblioteca, donde se sentó junto á una mesa de mármol rosado y se dedicó á repasar su «Banquete de Trimalción.» Pero la desaparición de Licia y la enfermedad de la hija de Popea le preocupaban de tal modo, que tuvo que renunciar á su labor al poco rato. Pensaba además que si César hubiese atribuido también á cualquier sortilegio de Licia la enfermedad de la niña, á él le alcanzaba la mayor responsabilidad, porque, á petición suya, había entrado la joven en pala-



Temblando de ansia y de emoción, extendía los brazos, suplicante...

cio. Sin embargo, en su próximo coloquio con César lograría demostrarle claramente lo absurdo de tal sospecha, y además contaba con cierta debilidad de Poppa con respecto á su persona, debilidad que ella, á su pesar, no había podido ocultarle: el caso era digno de reflexión. Pero luego se encogió de hombros y decidió tomar algo confortante en el triclinio, antes de salir á hacer sus acostumbradas visitas al Palatino, al Campo de Marte y á casa de Crisotemis. En uno de los corredores de paso descubrió, inesperadamente, la graciosa silueta de Eunica, apoyada en la pared; y olvidando que había ordenado para ella un castigo ligero, arrugó el entrecejo y dirigió en torno una mirada, como buscando al atriense; pero viendo que no se hallaba entre los esclavos presentes, se volvió á Eunica y le preguntó:

— ¿Has sufrido ya tu castigo?

Ella se echó de nuevo á sus pies, y besando la orla de la toga de Petronio, exclamó:

— ¡Sí, mi señor!

Su acento era de alegría y de gratitud. Consideraba el castigo sufrido como garantía de su permanencia en la casa. Petronio, observándolo, quedó estupefacto ante aquella apasionada insistencia, y como hombre conocedor de la naturaleza humana, no tardó en comprender que sólo el amor podía ser la causa.

— ¿Amas á alguno de los de aquí?, le preguntó.

— ¡Sí, señor!

Y con aquellos ojos, con aquellos cabellos de oro echados hacia atrás, con aquella expresión del rostro, sobre el cual se pintaban el ansia y la esperanza, le pareció tan hermosa, que él, como buen filósofo que proclamaba la potencia del amor y como esteta que estaba siempre dispuesto á admirar lo bello, quedó profundamente conmovido.

— ¿Y á quién amas entre todos estos?, le preguntó, señalándole los esclavos. No obtuvo respuesta. Eunica bajó la cabeza y permaneció inmóvil.

Petronio examinó á los esclavos, entre los cuales había jóvenes robustos y bellos, pero no pudo leer en ningún semblante la contestación que esperaba; todos se limitaban á sonreír. Miró un instante á la esclava, postrada aún á sus pies, y se dirigió silencioso al triclinio.

Después de refocilarse á sus anchas, se hizo conducir al palacio imperial y desde allí á casa de Crisotemis, donde se entretenía hasta muy avanzada la noche.

De vuelta en casa, hizo llamar á Tiresias.

— ¿Has dado á Eunica los veinticinco azotes?

— Sí, señor; pero tú ordenaste que no se le hiciera daño en la piel.

— ¿No dí otras órdenes respecto á ella?

— No, señor, respondió el atriense con vacilación.

— Está bien; dime ahora: ¿quién es aquí su amante?

— Nadie, señor.

— ¿Qué sabes tú?

Tiresias respondió con voz insegura:

— De noche no abandona nunca el *cubiculum*, donde duerme con la vieja Acrisiona y con Ifida; cuando tú estás vestido, no vuelve á entrar en el baño; por esto todos se burlan de ella y la llaman Diana.

— ¡Basta!, respondió Petronio. Vinicio, mi sobrino, á quien hoy se la ofrecí, no la aceptó. Puede permanecer aquí y tú puedes retirarte.

— ¿Se me permite decir algo más acerca de ella?

— ¡Te ordeno que me digas cuanto sepas!

— Aquí todos hablan de la fuga de la joven que debía habitar en casa del noble Vinicio. Después que saliste, señor, Eunica me declaró que conocía á un hombre que sabría seguir las huellas de la muchacha.

— ¿De veras? ¿Y quién es?

— Lo ignoro, señor. He creído deber mío participártelo.

— Está bien. Ese hombre esperará mañana aquí la llegada de Vinicio, á quien rogarás, en mi nombre, que venga á verme.

El atriense saludó respetuosamente y salió. Petronio se dió á pensar en Eunica. Era evidente que la joven esclava deseaba que Vinicio recuperase á Licia, para no verse obligada á sustituirla. Después le vino el pensamiento de que el hombre recomendado por Eunica podría ser su amante, y esta idea empezó á ponerle de mal humor. Había un medio sencillo y claro: preguntar á la misma Eunica; pero era ya muy tarde y Petronio se sentía fatigado y deseaba descansar. En el *cubiculum* recordó, de pronto, haber descubierto algunas arrugas en la frente de Crisotemis, cuya belleza era celebrada en toda Roma, exagerando su mérito real, y pensó que Fonteyo Capitón, que le había ofrecido tres jóvenes esclavos de Claromenes á cambio de Eunica, pretendía adquirirla por muy poco precio.